

Lo bueno de Buttiglione

Joan Tapia, periodista (EL PERIODICO, 25/10/04)

Todavía no está claro si mañana el Parlamento europeo votará a favor de la nueva Comisión que, presidida por el ex primer ministro de Portugal, debe tomar posesión el 1 de noviembre.

Lo normal hubiera sido que la Comisión **Barroso** fuera confirmada. En efecto, el PPE (conservadores y democristianos) ganó las recientes elecciones europeas y, en consecuencia, los jefes de Gobierno designaron a un conservador para presidir la nueva Comisión. Y el pasado julio **Barroso** obtuvo una amplia mayoría con el apoyo tanto del Grupo Popular (268 diputados sobre 732), de otros grupos, e incluso de una parte del Grupo Socialista (segundo de la Cámara con 200 diputados). Muchos eurodiputados votaron a **Barroso** porque estaba propuesto por los jefes de Gobierno, entre ellos los socialistas; porque creyeron esencial que las instituciones europeas funcionaran con normalidad al iniciarse el delicado proceso de ratificación de la Constitución, y por el pacto del PPE con los socialistas para compartir la presidencia del Parlamento.

PERO LAS cosas se han complicado bastante. Uno, porque **Barroso** nunca ha sido demasiado estimado, tanto por su papel en las Azores como porque, al contrario que otros políticos de su mismo grupo, es considerado un europeísta con reservas, seguidor de la tesis británica de la Europa de los estados. Dos, porque la composición de su Comisión parece condicionada por **Berlusconi** y, además, parece ser un desafío a Francia y Alemania, países centrales de la UE. Tres, porque algunos de sus miembros, como la holandesa **Neelie Kroes** --vinculada a una treintena de grandes compañías-- parece poco adecuada para la cartera de Mercado Interior, cuya misión es vigilar que las empresas respeten las normas de la competencia. Y estas reticencias se extienden a la danesa comisaria de Agricultura y al húngaro comisario de Energía.

Con todo, la crisis se originó con la comparecencia de **Rocco Buttiglione** en la Comisión de Justicia del Parlamento a primeros de octubre, cuando el político democristiano, aliado de **Berlusconi** y filósofo muy próximo al papa **Wojtyla**, expresó unas ideas que sonaron a provocación a la izquierda, a diputados del centro y la derecha liberal- e incluso a algunos de su propio grupo.

Buttiglione afirmó lisa y llanamente que la homosexualidad era "un pecado, pero no un crimen" y que el fin del matrimonio era "hacer posible que las mujeres tuvieran hijos bajo la protección del hombre". Más tarde hubo unas declaraciones --torpemente desmentidas-- en las que bromeaba diciendo que "los hijos que no tienen padre, que sólo tienen madre, son hijos de una madre no muy buena". **Buttiglione** --y luego **Barroso**-- se han excusado y han añadido que las opiniones privadas no interferirán en el desempeño de las funciones públicas. Pero **Buttiglione** es veterano de Compañía y Liberación, organización católica que, según *The Economist*, "es conocida por intentar imponer los

valores religiosos en la vida pública".

La cartera de **Buttiglione**, Libertades, Justicia y Seguridad, tiene encomendada la tutela de los derechos humanos y la lucha contra las discriminaciones y, como no podía ser de otra manera, el escándalo ha sido monumental. La Comisión de Justicia votó por 27 a 26 contra **Buttiglione**. Pero el Europarlamento no puede vetar a un comisario. Debe aprobar o rechazar, en bloque, a toda la Comisión. Y hoy **Barroso** sólo tiene asegurados 268 votos de los populares y 27 de la derecha no europeísta. Está lejos, por tanto, de la mayoría de los 366 diputados. Si el Parlamento derrota a la Comisión **Barroso**, el periodo de ratificación de la Constitución se abrirá con una doble crisis institucional: entre el Consejo Europeo y los jefes de Gobierno (que nombraron a **Barroso** y a los otros 24 comisarios) y el Parlamento recién elegido. Y entre el presidente de la Comisión, que deberá formar otro ejecutivo, y el Parlamento.

PARA EVITAR la crisis, la izquierda (socialdemócratas, verdes y excomunistas) y los liberales (88 diputados) piden a **Barroso** que cambie a **Buttiglione** de cartera. Y la prensa italiana sugiere la dimisión del político democristiano. Pero **Barroso** sigue en sus trece. ¿Por qué? Uno, porque sabe que el cambio de cartera dañaría su relación con **Berlusconi** y teme que extendiera la crisis a otros miembros de su equipo, como la liberal holandesa **Kroes** (conflictos de intereses) o el excomunista húngaro **Kovacs** (incompetencia). Dos, porque cree que el Parlamento acabará votando, aunque sea a regañadientes, a su favor. Hay ocho liberales en la actual Comisión, por lo que habrá tentaciones que pueden hacer que dicho grupo rompa su disciplina de voto. Y lo mismo puede ocurrir en el Socialista; algunos analistas creen que **Blair**, **Schröder** y **Zapatero** darán instrucciones para que sus eurodiputados aprueben la Comisión, evitando así la crisis institucional.

En ese caso caso, si la nueva Comisión logra una victoria mínima en el Parlamento, la pregunta es si un Ejecutivo que nace lastrado por el escándalo y la polémica tendrá la fuerza necesaria en el momento decisivo que se abre ahora para una UE de 25 países. Una Comisión débil puede ser una rémora. Pero ello puede no disgustar a ciertos miembros del Consejo Europeo, partidarios de la Europa de los estados, que quieren que el centro del poder de la UE no sea ni la Comisión ni el Parlamento, sino la cumbre semestral de los 25 jefes de Gobierno. Por ello es lícito creer que si el Parlamento derriba a la Comisión quizá se abra una seria crisis institucional, pero, en todo caso, será una crisis sana: el Parlamento habrá demostrado su poder, con lo que las tesis del criticado "déficit democrático europeo" podrá ser menos esgrimida por los euroescépticos de todas clases, confesos o emboscados; la Comisión acabará reforzada, por su independencia, como embrión de un Ejecutivo supranacional; y el Consejo Europeo tendrá que admitir límites a su poder. Deberá constatar que ni puede ni debe mangonear a la Comisión y al Parlamento.

En la Europa futura, que tendrá dosis de supranacionalidad o no será, el Consejo Europeo no puede conservar todo el poder. Debe derivar con cuidado hacia un poderoso Senado de la Unión Europea. La Comisión debe perfilarse como un Ejecutivo supranacional, y el Parlamento debe ejercer su función: controlar, nombrar y, en su caso, derribar gobiernos.